



**MATILDE
DEBE
MORIR**

UNA NOVELA DE
CRISTIAN ACEVEDO

Hallará en esta novela, amable y ocioso lector, características habitualmente atribuibles a ciertas prácticas lúdicas. Y usted reconocerá, a medida que avanza invariablemente de página, que ya no es un simple espectador, que no tiene permitido semejante privilegio y que no podrá escapar de la historia. Entonces, presa de un reto ineludible, usted no tendrá otra opción más que abandonar su actitud de lector despreocupado. No habrá lugar para la pereza: para eso sobran los días, la desdeñable realidad.

Y, como ya hemos dicho que esta pequeña novela podría confundirse erróneamente con un juego –con un juego inocente y sencillo–, usted querrá jugar. Y será lógico que quiera ganar: en todo juego hay ganadores y perdedores, claro.

De modo que se abren las apuestas. La banca le pone unas fichas a este tal Omar Weiler. Pero sin dejar de vigilar al insulso de la mesa 4. Ese que será usted, y que también apostará. Incluso cuando se le indicará que esto no es un juego. Usted, que jugará incluso después de la advertencia inicial.

*A Omar Acevedo.
Por su resignada inteligencia.
Por el regalo de tantas libertades.
Por su amistad.*

Pero no se da vida en vano a un personaje.
Criaturas de mi ingenio, aquellas seis vivían una vida que era la
suya propia y ya no me pertenecía, una vida que ya no estaba
en mi poder negarles.

Seis personajes en busca de un autor
Luigi Pirandello

ADVERTENCIA

CAPÍTULO I

La novela transcurrirá en un bar. Del bar bastará decir, por si llegara a interesarle, que existe y que está ubicado en la esquina de Charcas y Armenia. Sí: es un típico bar de Palermo. Uno de los tantos que se desparraman por la ciudad. En él, apenas usted pase al siguiente capítulo, verá que hay tres personas. Y enseguida llegará una cuarta. En realidad habrá más personas entrando y saliendo, por supuesto: se trata de un bar. Pero, las personas que podrían considerarse el motor de esta historia, aquellas que califican como personajes, serán apenas cuatro.

Uno será Valentín, el mozo. Otro, el bigotudo de la mesa 2. Y el personaje principal será la mujer que muy pronto entrará en el bar y se sentará a la mesa que da a la ventana de la calle Charcas. Más atrás, a un lado de la barra, siguiendo el pasillo que da a los baños, habrá otro personaje. Ahí es donde usted se ubicará. Caminará hasta esa mesa y se ubicará en ese personaje. No a un costado, no frente a él. Sino *en él*. Usted será ese que ahora se mantiene estático, aquel que sostiene un pequeño libro de tapas azules y que ni parpadea. Desde allí, desde aquel insulso hombre, usted atestiguará los sucesos que justificarán –o no– el desarrollo de esta novela. Pero cuidado: usted no será un mero testigo, usted participará de los acontecimientos.

De momento, aquel hombre que usted ocupará no se mueve, pero sólo de momento: sigue esperando a que usted dé vuelta la hoja.

Aunque, antes de voltear la hoja (o de cerrar este libro maldito y dárselo a alguien a quien usted odie), debo advertirlo: si usted decide ubicarse en el lugar de aquel hombre, deberá asumir las consecuencias. Este y no otro

es el momento de decidirlo. Si avanza una línea más, no habrá posibilidad de arrepentimientos.

La acción comenzará con un futuro apremiante y estremecedor; y si quiere enterarse de más, la responsabilidad será toda suya.

Aunque lo parezca, esto no es un juego.

Hablamos de la vida de una persona.

CAPÍTULO II

Esta misma semana, Matilde –la persona en cuestión– será asesinada: el cuerpo sin vida de Matilde será hallado a metros de la salida de este mismo bar. Y así como cada uno de los que, por esas horas frecuentan el bar de Charcas y Armenia, usted –no podrá decir que no ha sido advertido– será uno de los sospechosos.

Del homicidio de Matilde no habrá grandes repercusiones: los diarios se abstendrán de publicar la noticia, los vecinos no hablarán de lo sucedido. La vida continuará sin reparos, como si tal cosa. Y pronto, sólo usted y los otros dos recordarán que alguna vez ella caminó entre nosotros.

Ahora –en menos de dos minutos–, Matilde entrará en el bar, el de siempre. Lo hará hablando por teléfono. «Habla Matilde, ¿cómo estás?», dirá con una sonrisa. Y de esta manera usted sabrá su nombre: Matilde. No su apellido. Su apellido lo sabrá recién después del asesinato.

Así como lo hace todas las tardes, Matilde se sentará a la mesa que da a la calle Charcas, pedirá un café con leche con dos medialunas, abrirá su cuaderno anillado y se pondrá a escribir. Y, ajena a todo, sólo examinando su celular de tanto en tanto, escribirá y tachará y seguirá escribiendo hasta antes de que anochezca. Y usted deducirá que ella escribe con angustia: aunque en ocasiones pareciera provocarle un enorme gozo, la mayor parte del tiempo ella sobrelleva la tarea como encadenada a un padecimiento inevitable. Bufo, se muerde el labio, niega repetidamente con la cabeza, bufo otra vez, cierra el cuaderno, lo tira en la cartera, paga y se va sin mirar a nadie. En una ocasión, usted la verá secarse las lágrimas con una servilleta de papel.

Sin embargo, la última vez que usted la verá con vida, ella escribirá con una sonrisa inusual adherida a la cara. Y

usted conjeturará que tal regocijo tiene que ver con que por fin ha terminado su trabajo.

De modo que su muerte coincidirá –si acaso será una coincidencia– con la culminación de su obra.

Que la obra es una novela será más que una conjetura inicial: al dar por cerrado cada capítulo –lo que usted creará cada capítulo–, Matilde lo lee en voz baja. Y así es cómo usted llegará a la conclusión de que ella escribe una novela, que es clara escribiendo: consigue con facilidad que sus palabras se conviertan en imágenes; y que, además, Matilde posee una hermosa voz.

Del otro lado de la barra, Valentín no sabrá que ella ha entrado. Y, aunque siempre está pendiente de la llegada de Matilde, hoy no la verá: para cuando ella entre, Valentín estará soportando las quejas del encargado. Que preste atención, que en la mesa 7 estuvieron esperando casi diez minutos y que se fueron a las puteadas. Que no es la primera vez y que la próxima va a tener que suspenderlo. «Concentrate, Valentín», dirá el encargado, «Andá que lleguen más clientes».

Por eso Valentín no notará la llegada de Matilde sino hasta que termine de atender al bigotudo de la mesa 2.

El bigotudo de la mesa 2 también es frecuente: todas las tardes, prácticamente a la misma hora en que Matilde se sienta a la mesa que da a la ventana de la calle Charcas, se ubica en la otra punta del bar, a escasos metros de la columna que sostiene el 42 pulgadas.

Hoy, al igual que todas las tardes, pedirá un capuchino. Y pasará las horas hojeando el Clarín.

Valentín se habrá acercado y le habrá tomado el pedido. «¿Lo de siempre?». Y el bigotudo habrá contestado con un ademán. Y habrá vuelto la vista al diario.

Como ya se ha dicho, todas las tardes –además de pedirse un capuchino–, el bigotudo de la mesa 2 lee el dia-

rio. Sin embargo, jamás levanta la cabeza para ver las noticias en el 42 pulgadas colgado a unos metros. Lo que a usted, después de observarlo durante poco más de dos semanas (de observar –de puro aburrido– su recurrente actitud en este bar de sobradas recurrencias), le parecerá levemente extraño. Es decir: el bigotudo se interesa por las noticias del diario, ya caducas, pero jamás por las imágenes que se repiten, estridentes, cinematográficas, frente a sus ojos.

Pero, para el caso, el bigotudo no le parecerá más extraño que la mismísima Matilde, que pasa las tardes ajena a todo, escribiendo y leyendo y resoplando y, muy rara vez, sonriendo. Ni más extraño que la conducta de Valentín, con ese absurdo moño y ese chaleco enorme que lleva estampado su nombre, que toda vez que advierte la presencia de Matilde se queda idiotizado y no puede dejar de mirar –tanto de reojo y al pasar, como en dilatadas miradas de amor– a la chica que escribe y que murmura junto a la ventana de la calle Charcas.

Valentín, quien muchas veces parece ingresar en un estado de pausa programada, carente de voluntad y movimiento, casi catatónico, no es más extraño que el bigotudo de la mesa 2. No es más extraño que usted, que deja transcurrir sus tardes observando lo que sucede en este bar, ignorando el pequeño libro que trae siempre consigo y que ni siquiera sabe de qué trata. Y, a pesar de que ya ha establecido que no hay extrañeza que predomine, usted focalizará la atención en aquel bigotudo.

Usted sabe que él no se irá del bar sino hasta las 19:30, minutos después de que lo haga Matilde. De modo que usted decidirá que la mejor manera de atravesar las siguientes dos horas, será estudiando en detalle a este sujeto.

Y confirmará lo que viene observando hace ya unos días. Que el bigotudo se demora unos diez minutos por página. Que lee el diario de principio a fin: primero la ta-

pa, después la contratapa; y que, una vez leídos los chistes, vuelve a la página 1, que lo lee de arriba abajo, sin desatender ninguna nota, ninguna reseña, ningún comentario. El bigotudo lee apuntando con el dedo: arrastra su índice desde el primer renglón, aquel que señala el precio del diario, hasta la marca en negrita que anuncia el número de la página. Usted razonará: «El bigotudo este no lee. Más bien analiza el diario, lo descuartiza».

Y a usted se le ocurrirá que el bigotudo de la mesa 2 padece la lectura de las noticias tanto como Matilde padece la escritura de su novela.

En el momento en el que usted meditará acerca de esto, advertirá que el bigotudo levanta la vista: un movimiento fugaz, apenas perceptible. Pero usted, que no estará haciendo más que examinarlo, lo captará enseguida: es a Matilde a quien esos ojos han apuntado. Usted será el único en notar aquello: el bigotudo, aunque finja interesarse en los sucesos del día, en realidad está acá por otra cosa.

CAPÍTULO III

Valentín le llevará el capuchino al bigotudo de la mesa 2. Y, antes de volver a su posición junto a la barra, notará que ha llegado la chica que escribe junto a la ventana de la calle Charcas. Se estirará el chaleco y se acercará a ella:

–Buenas tardes.

–Hola –responderá ella–. Un café con leche con dos medialunas de manteca, por favor.

–¿Eso solo?

–Sí, por ahora eso.

–¿No quieres una medialuna más? –habrá dicho Valentín antes de que Matilde termine de hablar.

–No, con dos está bien.

–La promo viene con tres medialunas...

–Con dos estoy bien hoy, gracias. –Matilde bajará la mirada.

–Enseguida –dirá él, y se quedará parado unos segundos frente a Matilde. Murmurará algo que usted no oirá.

Ella no lo notará, o fingirá no hacerlo; y él volverá tras sus pasos, en silencio y mirando a las demás mesas. En ese momento, Valentín y usted cruzarán sus miradas. Y usted, que sólo entonces ha abandonado la vigilancia de la mesa 2, empezará a dudar. Tal vez Valentín no gusta de Matilde. Tal vez usted estaba equivocado: no son ni miradas de amor, ni de pasión. Tampoco ternura es lo que irradian sus ojos al verla. Es posible que haya otra cosa. Una, acaso, igual de poderosa y secreta, igual de profunda, que lo lleva a comportarse como un idiota enamorado. Pero ¿qué cosa? ¿Temor? ¿Repulsión? ¿Rencor?

Valentín seguirá hasta la barra y le pasará el pedido al encargado. Y volverá a mirar a la chica de la ventana, que ahora bufa, que garabatea sobre el margen de una hoja.

Matilde será asesinada esta semana y, acaso, Valentín aún no lo sabe. Aunque –usted ya habrá empezado a figurarlo– es posible que Valentín sí lo sepa. Que lo haya planeado durante todo este tiempo en que ella ha venido al bar.

Usted será uno de los sospechosos –ya se lo he dicho –. Por eso es que analizará con excesiva atención la actividad de los otros dos involucrados. Ya no por el tedio de una tarde que se repite igual a la anterior, sino porque más le vale zafar de todo este embrollo. La vigilancia, entonces, deberá ser por partida doble: vigilará al bigotudo de la mesa 2 y a Valentín en igual medida.

Matilde dará vuelta a la hoja de su cuaderno y leerá en voz baja. Usted no alcanzará a escucharla. A escuchar lo que ella escribe. No importa. Esto es un libro, y usted no necesitará escuchar nada. Le bastará con dar vuelta a la página. Y tendrá acceso libre al escrito de Matilde. No porque sea relevante, sino para que después no me venga con que no le fue suministrada toda la información.

Así que no me lo agradezca, lo que viene no es gran cosa. Incluso podría salteárselo, seguir este asunto allá por el capítulo IV. Porque nada tiene que ver lo siguiente con la muerte de Matilde. Lo que viene es un texto suelto. Uno que ella ha escrito y que permanece absolutamente ajeno a la historia de su futuro asesinato. ¿Por qué incluirlo entonces? ¿Por capricho? Sí. Exactamente. Pero no es un capricho del autor. El capricho le pertenece a usted, lector. A su curiosidad. Usted, que no puede avanzar sin saber qué es lo que Matilde acaba de escribir. Usted, que, como no alcanza a escuchar la voz tenue de Matilde, no podrá hacer otra cosa más que leer el texto en cuestión.

De modo que así avanzará esto: de capricho en capricho.

I escrito de Matilde

Nunca creí que sumaría tantas mentiras a mi lista. Pero la de hoy fue grande. Enorme fue.

Llevo la cuenta en mi agenda de Hello Kitty, y me quedan pocas hojas para completarla. En una semana cortita, ya tengo ciento dos. Ciento dos, que deben ser los años que tiene don Sosa, nuestro vecino viejo. Su casa, también vieja y con los techos volados, se apoya bien torcida contra la nuestra.

Aunque, desde hace un tiempo, don Sosa ya parece uno más de nosotros. Se pasa el día entero de nuestro lado: en nuestra galería, en nuestro jardín, hablándole a nuestras flores. Y eso que su parque es igual de grande. Será que viene porque no tiene ya con quién conversar: sus jazmines se secaron hace mucho. Porque ni bomba de agua tiene ya. Solo el aljibe, tan viejo y estropeado como él.

Mamá dice que don Sosa ya es de la familia, que está viejito y solo, y que hay que hacerle compañía. Y por eso yo me aguanto, como una señorita, que me estruje los cachetes y que me diga mil veces lo inteligente y lo linda que soy, con su sonrisa blanda, arrugada y sin dientes.

Papá reniega y dice que don Sosa es más bien una mascota enferma. Y tiene razón.

Papá cumplía cuarenta, y lo de anotar las mentiras se me ocurrió esa tarde, después del almuerzo. Toda la familia se divertía con las payasadas de mi hermanito: Agustín esto, Agustín lo otro, mirá como se ríe Agustín. Parecía que el cumpleaños que festejábamos era el suyo. Hasta el viejo Sosa se metía a hacerle muecas y todo eso.

Ya harta de tanto mimito estúpido mentí estar llena, dije «Buen provecho» y me escapé enseguida. Me fui corriendo a mi cuarto.

En el camino se me dio por pensar qué era lo que tanto los divertía de Agustín. Si ni decir la erre sabe, y anda llorando y mojado de pis todo el día. A mí no me da ninguna gracia. Bronca me da: por una cosa o por la otra, siempre termina haciendo que me reten a mí.

Volví de mi cuarto con la caja de crayones y unas cuantas hojas de esas que papá ya no usa y que me las regala para que yo dibuje. Los grandes seguían comiendo.

Me alejé todo lo que pude: me senté en la hamaca que cuelga del sauce –porque da mucha sombra y queda bien lejos de la casa– y me puse a dibujar.

Tenía hambre y me hacía ruido la panza, pero no dejaba de pensar en la mentira que acababa de decir. Entonces se me dio por anotarla.

Así fue que se me ocurrió. Ya tenía mi primera mentira. Y no volví a dibujar.

Desde ese día, no paré. No me salteé ninguna mentira. Ni las que me daban un poco de vergüenza me salteé. Y me pongo orgullosa, porque al fin entiendo eso que dice Papá, de ser constante. De empezar algo y no dejarlo a la mitad. Y no digo que no me divierta, pero muchas veces me pregunto por qué me enredo tanto, pudiendo decir No en lugar de Sí, y chau agenda, y me dedico a mis otras cosas. Pero ya voy ciento dos, según lo que conté esta mañana. ¡Casi quince mentiras por día! Y las leo a cada rato para entender cómo es posible mentir tanto en tan poco tiempo.

Entonces descubro que la mayoría son porque sí, porque no se puede no decir las: cuando le miento a mamá que los quiero igual a los dos, o cuando me invento un dolor muy fuerte de panza para no ir al cole, justo justo el día que toman prueba de matemáticas.

O cuando Daniela y Marisol me obligan a mentir cada vez que me preguntan en secreto quién es mi mejor amiga. Las imagino contándoselo a las otras, contentas por creerse la mejor, y un poco me río. No las culpo. Ni a ellas ni a mamá, porque esas son mentiras chicas, y de esas mentiras no tengo muchas.

Pero con las otras –como la mentira grande de hoy– me parece que me estoy extralimitando, como dice mamá.

Esa tarde, cuando ya llevaba anotadas como cinco, y la panza ya no me chillaba, dejé a un lado la lista y me quedé un rato jugando sola. Me entretuve tirando unos bichos bolitas en un hormiguero enorme de hormigas rojas que crece contra el sauce. Y pobrecitas las hormigas: iban desesperadas tras los intrusos, los investigaban con las antenitas... pero no les hacían nada de nada. Me dieron mucha pena las hormigas. Porque ellas estaban ahí desde antes.

Entonces se me ocurrió una idea más divertida: arranqué un pedazo de corteza del sauce a medio caer, y me la llevé para el aljibe de don Sosa. ¡La corteza tenía tantos bichos que no me alcanzaban las manos! ¡Estaba extralimitada de bichos!

Al principio los tiraba de a uno, pero son tan chiquitos que ni ruido hacen. Al rato me aburrí y agarré todos los que pudieron entrarme en las manos y los tiré también. Y me volví a acordar de las hormigas: ya estarían tranquilas otra vez.

Más tarde, ese mismo día, Agustín andaba remolesto. Dale que dale con golpear la puerta de mi cuarto, y cuando le abrí –porque ya no lo aguantaba más– me desparramó todas las muñecas y los perfumes de Barbie. Hasta el de Mujercitas me desparramó. Y yo se los quitaba, y él otra vez a los gritos y dame dame dame.

Para cuando vino mamá, Agustín se había escondido adentro del ropero. Se había hecho una bolita. Enroscado en una frazada, gritaba y